

Es la voz de una niña todavía,  
Pero encerrando no sé qué de tierno  
Y triste, cual si ya del mundo hubiera  
Roto su mano el engañoso velo:  
Voz que si resonase en nuestro oído,  
Nos despertara cual de largo sueño,  
Trayendo á la memoria las imágenes  
De antiguos seres y de antiguos tiempos.  
Y esto las dos decían platicando,  
Una fuera del torno, otra por dentro:  
—De noviciado pocos días faltan:  
Qué, ¿persistes, amiga, en tu deseo?  
¿Profesarás? ¿Reflexionaste acaso  
Que esos lazos, Diana, son eternos?  
—Resolución no formo todavía.  
Cuando aislada en el mundo me contemplo  
Sin que en el porvenir cifre esperanzas,  
Sin que mi corazón abrigue afectos,  
No me queda otro asilo que una celda  
Donde acabar mis días con sosiego.  
Pero tú, amiga mía, ¿tan dichosa  
Como siempre?

—No tal: hoy un consejo  
He venido á pedirte, ó sea informe. . . .  
Como quieras llamarlo. Hay un sujeto. . . .  
Vamos, un joven que, si no me engaña  
El corazón, es todo un caballero.  
Bailó anoche conmigo, enamoróme  
Y le correspondí, te lo confieso.  
¿Reflexiona tan poco mi cabeza!  
Siempre sigo el impulso del momento  
Y suelo arrepentirme: mas ahora  
A asegurar me atrevo que le quiero.  
—¡Ay Rosa! ¿tú quererle? Eso es mentira!  
Te engañas á tí misma: no; en tu pecho  
No se alberga el amor.

—Pues en la duda  
De si quiérole ó nó, por hoy quedemos:

Véngote á preguntar si le conoces,  
Porque paisano es tuyo.  
—Pero, al menos,  
Dime su nombre.

—Carlos.  
—(¡Cielo santo!  
Si él fuese!)  
—¿Quién?  
—(Siniestro pensamiento!)  
¡Oh! Rosa, nada; un conocido antiguo;  
Mas no, que aquél ó se embarcó, ó es muerto.  
¿Qué señas tiene el Carlos de quien hablas?  
¿Joven es todavía?

—Joven.  
—¿Cuerpo

Gallardo?  
—Sí, gallardo.

—¿Rostro afable?  
—Y mucho que lo es.

—¿Cabello negro?  
—Como el ala del cuervo; pero ¡es raro!

Tú, á no dudar, conoces mi cortejo.  
—Pura casualidad. . . . No le conozco.

(¿Será tal mi desdicha?) Un pensamiento  
Me ocurre en este instante, Rosa.

—Dilo.  
—Para saber si le conozco, verlo  
Hoy necesito.

—¿Y cómo?  
—O yo me engaño,

O es muy sencillo, Rosa: tu aposento  
Queda frente á mi celda: por la tarde  
Salir hazle al balcón, y yo en acecho  
Tras la reja estaré.

—¡Famosa idea!  
Voy á escribirle ahora: le prevengo  
Que á la tarde sin falta me visite,  
Y en práctica ponemos tu proyecto;

Pero á rezar te llaman. . .  
—Adiós, Rosa.  
—Diana, adiós: mañana nos veremos!

Ya la postrera luz de bella tarde  
Con las primeras sombras de la noche  
Empezaba en el cielo á confundirse,  
De oro y grana tiñendo el horizonte.  
De proletarios puéblase la calle  
Que á sus habitaciones se recogen,  
Terminado el trabajo: las campanas  
Tañendo están el toque de oraciones;  
Y en el balcón de la modesta casa  
Que mi lector benévolo conoce,  
De una mano bellísima al impulso  
La vidriera giró sobre sus goznes.  
Salió Rosa, radiante de hermosura;  
Carlos tras ella, hablándole de amores,  
Sonríe y se entusiasma, y á su lado  
Sobre la balaustrada reclinóse.  
A cada frase tierna que salía  
De sus labios, ardiente aquella joven  
En él clavaba los rasgados ojos,  
Y era muy fácil conocer entonces  
Que á excitación cediendo pasajera  
Con que su corazón no marcha acorde,  
Carlos la enamoraba, y ella, en tanto,  
Paz, corazón y libertad rindióle.  
¡Por qué —le dice aquél— en tu presencia,  
Adorándote así, las emociones  
No experimento que mi gloria hacían  
En mis horas de amor, cuando era joven?  
Quizá los desengaños que he sufrido  
Entibiaron del alma los ardores  
Para siempre.

—Será que no me amas!  
(Dice ella, y su semblante obscurecióse  
De repente).

—Decir que no te amo!—

Carlos replica; y, al notar que esconde  
Al examen curioso de la gente  
Sus personas el manto de la noche,  
Obedeciendo á impulso repentino,  
Sus labios él en los de Rosa pone.  
Tal ósculo de Rosa el fuego atiza:  
Al recibirle permanece inmoble,  
Y luego, cual de un éxtasis saliendo,  
“Creeme, le dice, aquestos mis amores  
Primeros son. Es cierto que aturdida,  
Al hallarme en espléndidos salones  
Escuchando la música armoniosa;  
De la esperma á los nítidos fulgores,  
Viendo pasar en confusión bellísima  
Las mujeres en brazos de los hombres,  
Soñaba una existencia alimentada  
Por manantial de indefinibles goces.  
Dí oído á las protestas de cariño;  
Esperanzas de amor daba á los jóvenes;  
Mas era todo un sueño; al otro día  
De mi ilusión secábanse las flores:  
El corazón desierto no abrigaba  
El amor que la víspera fingióse!  
¡Cuánto te adoro, Carlos!”—“Es maestra  
(Carlos en su interior decía entonces);  
A cualquiera bisoño engañaría.”  
Y se esforzaba, exento de pasiones,  
Gozo en aparentar, como quien pruebas  
De un anhelado amor, al fin, recoge.

Cuando el beso de Carlos resonaba,  
De una ventana del convento, donde  
Luz misteriosa apenas resplandece  
Al través de los vidrios de colores,  
Un ¡ay! partió profundo, lastimero,  
Y en el instante mismo rudo golpe  
(Cual de alguien que privado de sentido  
A tierra viene como fardo) oyóse.

Habiendo de acabarse este episodio,  
Añadiré tan sólo á mis lectores  
Que en el siguiente día á Rosa olvida  
Carlos, encaminándose hacia el monte  
Solitario, do vuelve á su costumbre  
De entregarse á morales reflexiones.  
Abandonada Rosa, se entristece;  
A cuantos ve, de Carlos pide informes,  
Y nadie se los da, y ella suspira. . . .  
¡He aquí, mujeres, lo que son los hombres!

V

Segundo fragmento del álbum de Diana.

Corazón mío, silencio!  
No te traicionen mis labios:  
Si padeces, no lo digas,  
Y si quisieres llorando  
Aligerar este peso  
Atroz que te oprime, hazlo  
De modo que nunca, nunca  
Te vean ojos humanos!  
Yo le amaba, y á mi frente  
De una vil sospecha el fango  
Arrojó la mano misma  
Que á guiar iba mis pasos  
Por el sendero del mundo.  
Yo quise decirle: —“Carlos,  
Tú y yo en esa noche víctimas  
Fuimos de un odio bastardo;  
Ofendíome tu sospecha,  
Tus palabras destrozaron  
Mi corazón; pero todo  
Lo olvido, porque te amo:

Soy digna de que me llames  
Tu esposa.” Mas ¡cielo santo!  
Hoy le he visto á otra mujer  
Amor eterno jurando.  
Si yo á decirle acudiera  
Su error. . . . (Sólo de pensarlo  
Me avergüenzo). ¡Es imposible!  
Guarda lo que te ha quedado,  
Corazón, guarda tu orgullo,  
Y si quisieres llorando  
Aligerar este peso  
Atroz que te oprime, hazlo  
De modo que nunca, nunca  
Te vean ojos humanos.

VI

Carlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,  
A veces durante el día  
Piadoso cantar se oía  
En derredor del convento.

En su reclusión dichosas,  
A Dios, de ventura fuente,  
El corazón inocente  
Elevan las religiosas.

Su voz al himno dulzura  
Tan melancólica presta,  
Que semeja en la floresta  
Manso río que murmura.

Une á sus devotas preces  
El viento quejas livianas,  
Cimbrando de las ventanas  
El limpio cristal á veces;

O si calla, cree el alma  
Oír murmullo lejano,  
Como si allá el Oceano  
Durmiendo estuviese en calma. —

Joven extraño acudía  
Al templo á mañana y tarde;  
Frente á la antorcha que arde  
Junto al altar, se ponía.

Entregado con tristeza  
A exclusivo pensamiento,  
En la pared del convento  
Apoyaba su cabeza.

Escuchaba indiferente  
Los cánticos repetidos;  
Mas si llega á sus oídos  
Resonando de repente

Una voz tierna, quejosa,  
Y al mismo tiempo argentina,  
Que el ancho espacio domina  
De la mansión religiosa,

Su corazón se estremece,  
La vista al coro levanta,  
Y su turbación es tanta,  
Que anonadarle parece.

En vano ver imagina  
A quien alzó tal acento;

Sólo está mirando atento  
Impenetrable cortina.

En su memoria despierta,  
Cuando aquella voz sonaba,  
Imagen que reposaba  
Dormida, pero no muerta.

Debe ser profundo el duelo  
Que está su pecho acosando,  
Porque lloroso, elevando  
Ojos y manos al cielo,

Dice: “¿Hasta cuándo, Señor,  
Viviendo en continua guerra,  
Tan sólo tendré en la tierra  
Por patrimonio el dolor?”

“Amaba á mujer perjura:  
Mi corazón díle fiel,  
Y cáliz derrama en él  
De inagotable amargura.

“Salí de su red traidora  
Y en vano á olvidarla aspiro:  
Doquiera, Señor, la miro,  
Y el alma siempre la adora.

“Me acojo al estudio, y siento  
Que invisible me acompaña:  
En sueños mi rostro baña  
Con su perfumado aliento.

“En el placer no la olvido,  
Y ante tus mismos altares,  
Por despertar mis pesares  
Llega su voz á mi oído.”

Dice, y escuchando atento  
La musical armonía,  
De la voz que le extasia  
Torna á oír el grato acento.

Su frente altiva palpando  
Que abrasa la calentura,  
Con espanto se asegura  
De que no estaba soñando:

Y exclama con voz tan vana  
Que en sus mismos labios muere:  
"La voz que mi oído hiere,  
Es la voz de mi Diana."

Y concurriendo seguía  
Al templo á mañana y tarde:  
Frente á la antorcha que arde  
Junto al altar, se ponía.

Mas cuando ver se imagina  
A quien alzó tal acento,  
Sólo está mirando atento  
Impenetrable cortina.

En vano en la noche obscura,  
Cuando el ruido se apacigua,  
Ronda la calle contigua  
A la sagrada clausura.

Nada vió; solo una vez  
Que le sorprendió la luna,  
Apareciendo oportuna  
Al dar el reloj las diez,

A su brillo que bañaba  
La pared, á ver acierta

Que negro bulto á una abierta  
Ventana asomado estaba.

Conoció que era mujer,  
Porque, aunque inmóvil cual roca,  
Luego, al ajustar su toca,  
Linda mano dejó ver.

Corrió al pie de la ventana,  
Palpitando de alegría  
Su corazón, y decía  
Muy quedo: "¡Diana, Diana!"

Pero inmóvil queda el bulto,  
Aunque la sigue llamando;  
É inmóvil queda esperando  
Carlos, en la sombra oculto.

.....  
.....

Carlos dice, y se retira.  
Cuando alejarse le ve  
Diana, de un Cristo al pie  
Arrodíllase, suspira:

"Culpable me considera  
(Con voz conmovida exclama)  
Y á pesar de ello me ama  
Y en ser mío persevera;

Mas yo sería infelice  
Después de lo que ha pasado  
Yendo á vivir á su lado;  
Mi corazón me lo dice.

No quiero á mi cuello echar  
Lazo que me es oprobioso;  
Tú, Señor, serás mi esposo,  
Y mi refugio el altar!"

VII

Tercer fragmento del álbum de Diana.

¿Qué se hizo el claro cielo  
Que cruzar te prometías,  
Ave canora? De nubes  
Le cubre la estación misma  
Que arranca al árbol sus hojas  
Y á tí las plumas te quita.  
¿Qué se hicieron los palacios  
Que forjaste, oh fantasía;  
Los ángeles que velaban  
Mi casto sueño de niña;  
Los deseos y esperanzas  
De mis halagüeños días;  
El amor de un hombre amado;  
Las dulcísimas caricias  
Que prodigóme en su seno  
A porfía mi familia?  
Formaron el primer acto  
De este drama de la vida:  
El drama sigue, y ya es  
La decoración distinta!  
¡Oh! tú no has venido, Carlos,  
Cual yo esperaba sencilla,  
A decirme que conoces,  
Aunque tarde, la injusticia  
De tu proceder: que al cabo  
Pura mi conducta brilla  
A tus ojos; sólo has dicho  
Que culpable me creías  
Y á pesar tuyo me amabas.—  
Sofoca esa llama activa

Que arde en tu pecho, que el ídolo  
Ante cuyo altar lucía,  
Para no verla, irritado  
Vuelve á otra parte la vista.

¡Dios mío! Sólo adorándote  
Nuestro dolor se mitiga:  
Viertes en el alma el bálsamo  
De resignación tranquila:  
Haces que, viendo en la tierra  
Sus esperanzas fallidas,  
Tus criaturas al cielo  
Alcen llorosas la vista.  
Dame, Señor, que en el claustro  
Consiga acabar mis días,  
Cual fatigado marino  
Que del naufragio se libra,  
Y te da gracias y al mar  
No vuelve á echar su barquilla.  
Dame que el viento del mundo  
No torne á ensayar sus iras  
Contra el alma atribulada  
Que en tus altares se abriga.  
Hasta la hierba que nace  
De imperceptible semilla  
Conducida por el viento  
A las paredes antiguas  
Del claustro, en ellas refugio  
Encuentra: el ave que arriba  
Cuando la noche se acerca  
Y el bosque patrio no mira,  
Posada en la negra torre  
Espera el próximo día.  
¿Y yo, Señor, que soy hecha  
A imagen tuya, tu hija,  
En vano hacia tí mis ruegos,  
Mi corazón alzaría?

VIII

Carta de Diana á Carlos.—La profesión.—Carlos y Fernando asisten á la ceremonia.—Una flor muerta.

“Ofrecí contestarte. Cuando leas  
Estos renglones que trazó mi mano  
Por la postrera vez, del mundo vano  
Para siempre alejada ya estaré:  
He resuelto acabar aquí mis días  
Bajo el amparo de mi Dios. . . ¡perdona!  
Quiero ceñir la virginal corona,  
Ya que me fué imposible tuya ser.

Ya no existe Diana; hoy es la ofrenda  
Consagrada al Señor en sus altares.  
No, agobiado de inútiles pesares,  
Vayas esta mansión á maldecir.  
Es puerto en que refúgiase la nave  
Combatida del viento y de las olas;  
Es palma en el desierto, donde á solas  
Viene el herido pájaro á morir!

Tú me adoraste! El cielo me es testigo  
De que yo con tu amor estaba ufana;  
De que los días de mi edad temprana  
A idolatrarte sólo consagré:  
De que, al verte marchar, triste, engañado,  
De asombro y de dolor morir creía,  
Porque jamás con la conducta mía  
La fe que te juraba profané.

¿Quién se interpuso allí? ¿De un golpe mismo  
Quién logró traspasar dos corazones?  
Lejos de mí, recuerdos! . . . Ilusiones,  
No á despertar volváis! . . . Todo acabó!  
No pretendo á tus ojos sincerarme:  
Conoces mi carácter: no es orgullo:  
Toda pasión apaga su murmullo  
En la severa casa del Señor.

¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?  
Al sitio ve donde dichoso fuiste,  
Y allí consuela á mi familia triste  
Que mi ausencia no cesa de llorar:  
Dile que soy feliz. Tú, mi recuerdo  
Guarda del corazón en lo profundo.  
¡No volveré á mirarte acá en el mundo!  
Carlos, adiós. Me llaman al altar.”

D.\*\*\*

No bien cerró esta carta y se la entrega  
Al mensajero, Diana se levanta,  
Que hacia el altar á conducirla llega  
La abadesa que al coro se adelanta.  
Ella vacila; á caminar se niega  
Por un momento trémula su planta;  
Mas, viendo en la pared el Crucifijo,  
“Vamos, señora,” á la abadesa dijo.

Caminan por el claustro solitario  
Mirando su vastísima arquería,  
Que hierre á la sazón el brillo vario  
De escasa luz en nebuloso día.  
Al ver Diana el sitio funerario  
Que asilo guarda á su ceniza fría,  
Piensa que, así que consagrada quede,  
Salir de allí ni su cadáver puede.

Llegan al templo agosto: dos hileras  
Las hermanas solícitas formaron;  
Silenciosas, inmóviles, severas,  
Los votos de la virgen escucharon:  
Al pronunciarlos ella, las vidrieras  
De las altas ventanas resonaron  
Estremecidas por airado viento:  
El coro eleva melodioso acento.

“Paloma mía, ven: querida esposa,  
Serás por el Esposo coronada,”  
Exclaman á una voz, y á la espaciosa  
Bóveda asciende la canción sagrada.  
Muchedumbre de gente silenciosa  
La ceremonia ve; pero turbada  
Es por oculta causa en este instante,  
Y en derredor agítase ondeante.

Como el espejo de la mar empaña  
Ola que avanza rauda, turbulenta,  
Arrebatando con pujanza extraña  
Cuanto á su curso resistir intenta;  
Viene hacia la ribera, el muelle baña,  
Copos de espuma en derredor avienta,  
Y su furor temible solo acota  
Cuando en el pardo muro queda rota;

Presa de momentáneo desvarío,  
Joven que allí aparece demudado,  
Sin miramiento empuja: entre el gentío,  
Del templo á la mitad penetra osado:  
Contra un altar reclinase sombrío,  
Pues proseguir su marcha no le es dado:  
El canto oyó que al firmamento sube:  
Ante sus ojos se extendió una nube.

Al través della contempló, vestida  
Con el ropaje emblema de inocencia,  
La sien de frescas rosas circuida,  
Modesta joven de gentil presencia.  
Era aquella Diana tan querida  
A quien llamaba luz de su existencia  
Cuando su casto amor lograba ufano,  
Amor que la infeliz prodigó en vano.

Era la misma frente gloriosa  
Que hecha no fué para inclinarse al suelo,  
El mismo cutis de azucena y rosa,  
Los mismos ojos de color de cielo;  
Mas ¡ay! su rubia cabellera undosa  
No asoma ya bajo el virgíneo velo. . . .  
Fijando más la vista en Diana, advierte  
Que su rostro enlutó sombra de muerte.

Vió que su diestra toma el Crucifijo;  
Que, la sagrada imagen acercando  
Al corazón, por do se hallaba él fijo  
Contra su voluntad, iba pasando.  
Con alterada voz oyó que dijo:  
“Dios mío, calma su dolor:” y cuando  
Su vista, nuevamente oscurecida,  
Despejóse, á Diana vió tendida.

Tocaba el polvo con su hermosa frente  
Ella, y dos religiosas la incensaban:  
Otras allí con mano diligente  
Flores sobre su cuerpo derramaban.  
La sangre á su cerebro Carlos siente  
Agolparse. . . sus piernas flaqueaban;  
“Llegué tarde,” exclamó con desconsuelo,  
Y sin conocimiento vino al suelo.